**Donald Trump: El Surgimiento del neofascismo**

**Elaborado por Blendi Kajsiu, 2016**

La gran mayoría de los periodistas y analistas políticos, especialmente en el mundo anglosajón, nos dicen que Donald Trump no es nada más que un populista de la derecha. Su discurso nacionalista y anti-élite, su liderazgo carismático y personalista parecen indicar que Trump es, en esencia, un Perón, un Fujimori o un Chávez gringo. Por lo tanto, el Trumpismo no es una amenaza nueva a la democracia o por lo menos nada a lo que la democracia occidental no puede sobrevivir.

Sin embargo, una mirada más cuidadosa nos muestra que Trumpismo tiene poco que ver con el populismo de América Latina y mucho más con el neofascismo de Europa. De los cuatro elementos esenciales del populismo –el pueblo como la única fuente de legitimidad, el enaltecimiento de los valores populares, la movilización de los sectores populares y el anti-elitismo–, solamente este último se encuentra en el discurso de Donald Trump. En lugar del enaltecimiento del pueblo y sus valores, Trump articula un ultranacionalismo racial, el culto de líder y la glorificación de la violencia. Todos estos son elementos centrales del discurso fascista. Por lo tanto, sería más correcto definir a Trump como un neofascista que como un populista de la extrema derecha.

Para un populista el pueblo y sus valores son temas centrales de su discurso político. Sin embargo, durante su campaña, Trump casi nunca hacía referencia ni al pueblo ni a sus valores. Mientras denunciaba la corrupción de la clase política y hablaba mucho de hacer “América grande otra vez”, él raramente alababa los valores del norte americano común y corriente. Lo que no es de sorprender dado que como un multimillonario, hijo de un multimillonario, él no tenía nada que ver con el estadounidense común y corriente. Sería tan difícil como poco creíble que Trump ensalzara los valores de un pueblo con el cual tenía muy poco en común.

En lugar de enfocarse en el pueblo y sus valores, el discurso de Trump se dirigió a un grupo muy específico: la clase trabajadora blanca. El quid de su discurso y programa durante la campaña presidencial era la recuperación de los trabajos de manufactura para la clase media trabajadora que en su mayoría es también blanca. Un día antes de las elecciones Trump declaró que iba a ganar porque “¡la clase trabajadora se alzará!” Y la clase trabajadora blanca respondió al llamado de Trump: se alzó y la votó a la presidencia.

Pero esta no es una clase popular o marginalizada, sino una clase media y media-baja que gana más del promedio nacional estadounidense –50 000 USD al año–. Los marginalizados y las clases populares, como los afro-americanos y latinos, votaron para Hillary Clinton quien ganó el voto popular. En este sentido, Trump es muy diferente de los populistas latinos, de la derecha y la izquierda, que llegaron y se mantuvieron en el poder, principalmente con el apoyo de las clases populares.

Si bien hay algunos elementos populistas en Trump, se encuentran también varios elementos típicos del fascismo como la glorificación de la violencia, el culto del líder y un ultranacionalismo racista blanco. Por eso, para entender a Trump deberíamos compararlo con Jörg Haider, del Partido de Libertad Austriaca, o con Jean Mari le Penn, el líder racista del Frente Nacional francés, quien afirma que las razas humanas no son iguales. Estos son movimientos políticos que articulan un ultranacionalismo racista que trae a la memoria el discurso fascista.

Este discurso ultranacionalista y racista fue y sigue siendo un rasgo importante del Trumpismo. El elemento central de su campaña electoral fue la combinación de un discurso nacionalista, con eslógans como “Haga América Grande Otra Vez” y “América Primero”, y ataques racistas contra ciertas minorías raciales y religiosas. Trump calificó a los mexicanos como una enfermedad que producía crimen, drogas y desempleo entre los blancos. Propuso no solamente la prohibición de la entrada de los musulmanes a EE UU sino también la creación de un registro que identificaba de manera específica a los musulmanes estadounidenses, algo demasiado reminiscente de la registración de los judíos en la Alemania nazista. En otras palabras, el discurso ultranacionalista y racista era un elemento definitivo del Trumpismo durante su campaña presidencial.

No es ningún secreto que los movimientos del ultranacionalismo blanco, los neonazis y el Ku Klux Klan respaldaron y se regocijaron en la victoria de la candidatura de Trump. No es coincidencia que el gerente de su campaña y su consejero principal ahora sea Steve Bannon, un nacionalista supremacista blanco. Tampoco es de sorprender que durante el fenómeno Trump los crímenes de odio racial, islamofobia y antisemitismo hayan aumentado en EEUU.

Otro elemento central del movimiento Trump, que se asocia con el neofascismo, es el culto del líder macho y fuerte. En su discurso de investidura como candidato presidencial del Partido Republicano Trump declaró que “sólo yo puedo arreglar el sistema”. Este es un líder bastante diferente del líder populista, cuya legitimidad derive del pueblo. Trump no se legitima a través del pueblo sino a través de su carácter, fortaleza, machismo, coraje y capacidad de defender una visión racial de Estados Unidos. Trump no necesita el pueblo, es el pueblo quien necesita a Trump.

Finalmente, Trumpsimo es un movimiento político que glorifica la violencia y la fuerza, un elemento esencial del fascismo. En sus mítines electorales Trump alimentaba abiertamente el uso de la violencia contra protestantes anti-Trump. De manera consistente criticaba la clase política estadounidense por ser demasiado débil. Como parte de su política doméstica contra el terrorismo él abogó por el uso de la tortura y la matanza de los familiares de los terroristas. La esencia de su política internacional contra el terrorismo fue el uso desproporcionado de la fuerza. En todas estas instancias es fácil detectar la valoración de la violencia como la solución final para fenómenos complejos como el terrorismo.

Así, la valoración de la violencia, el culto del líder, el discurso ultranacionalista y racista indican que el proyecto político de Trump tiene rasgos claros neofascistas. Por otro lado, la ausencia del concepto “pueblo” y de su enaltecimiento, combinado con la falta de movilización de clases populares a favor de Trump, apuntan a un movimiento político que tiene poco que ver con el populismo. En consecuencia, el fenómeno Donald Trump marca el surgimiento del neofascismo y no del populismo de la extrema derecha, en la esfera política de los EEUU.